

La fiesta patronal en España como sustitución del Carnaval

por Jeanine Fribourg

El Carnaval ha sido prohibido en España en diferentes ocasiones por las autoridades, que unas veces han tolerado y otras no, esta fiesta eminentemente popular en la que se entremezclan, como dice un autor español (1), «lo macabro, lo zafio, lo chabacano y lo zarapastroso».

Al comenzar la Guerra Civil de 1936 fueron suprimidas de nuevo las fiestas carnavalescas, y esta supresión ha durado nada menos que ¡40 años!, siendo de nuevo autorizadas después de la muerte de Franco, aunque por ejemplo en Madrid no se hayan vuelto a celebrar hasta 1981.

Esta larga interrupción podría explicar las grandes similitudes entre el Carnaval y la fiesta patronal española, tanto urbana como rural.

Antiguamente todas las características de la fiesta en sí, se encontraban reunidas en el carnaval. Para J. DuVignaud «la fiesta por antonomasia era el Carnaval, pero no nuestro triste Carnaval, sino el Carnaval que todo lo devasta y todo lo destruye» (2). Sin embargo actualmente en España el Carnaval tradicional, con algunas excepciones como por ejemplo en Navarra, etc., existe únicamente en el recuerdo de las personas mayores, y, por el contrario es en la fiesta patronal donde se dan una gran parte de las características y funciones propias de la verdadera fiesta popular.

Las características constantes de toda fiesta en cualquier sociedad, según se desprende de los escritos de Durkheim, de Caillois, de Bouthoul, etc., son esencialmente las siguientes:

- la reunión de los miembros del grupo
- el gasto y el despilfarro
- la supresión de los tabús
- la exaltación colectiva, así como una especie de insensibilidad física.

Aunque además se encuentran presentes en todas las fiestas otros elementos tales como cantos, bailes,

música, ruido, fuego, luz, bebidas, disfraces y a veces hasta máscaras. Este último elemento –la máscara– sería quizás lo que más distinguiría la fiesta patronal del Carnaval, a pesar de que no es algo indispensable ya que Caro Baroja, al hablar de los participantes en el Carnaval, señala «con máscaras o sin ellas» (3). Por otra parte, en varias fiestas españolas, aunque no sean patronales, se encuentran muchas veces capirotos (por ejemplo los encapuchados de Semana Santa); pero esto no es general y además no entra dentro del tema que estoy tratando.

Quisiera en primer lugar mostrar los paralelismos entre el Carnaval y la Fiesta Patronal, por poseer las mismas características y los mismos elementos constitutivos y examinar sus funciones que son también similares.

I. La Fiesta patronal, con más intensidad incluso que ocurre en otros lugares con el Carnaval, congrega a los miembros del lugar o ciudad que se hallan habitualmente dispersos. Los que trabajan fuera se sienten obligados a volver para asistir a las fiestas del santo patrón de su lugar o pueblo. Esto crea una concentración, una reunión masiva de los miembros del grupo en los lugares festivos, concentrados en el «centro» de la población así como en la plaza del pueblo y calles contiguas formado muy a menudo por los viejos barrios.

Durkheim ha señalado muy oportunamente que la concentración, provoca una exaltación colectiva (4) lo que hace que cada individuo sienta que participa en este mundo o momento excepcional que es la fiesta. Por ejemplo, en Pamplona, esta concentración en los espacios festivos se ve especialmente la mañana del 6 de julio por existir una especie de ritual que consiste en dirigirse hacia la Plaza del Castillo o Plaza del Ayuntamiento para esperar el «chupinazo», el cohete que anuncia el comienzo de las fiestas.

Una multitud llena de color debido sobre todo a los trajes de las «peñas» (5) (con camisas y blusas de dife-

rentes colores sobre pantalón blanco y pañuelo rojo al cuello) espera impaciente. Cuando a las doce en punto se lanza el famoso cohete, la muchedumbre grita «¡Viva San Fermín!» y la alegría explota con una intensidad impresionante. Todas las charangas tocan a un tiempo y a partir de este momento no hay ya ni ricos ni pobres, ni jóvenes ni viejos, ni pamplonicos ni forasteros, no hay más que una comunidad deseosa de divertirse, contagiada de una alegría delirante. La ciudad misma ya no es ella, tiene otro aire, un aire de fiesta. Y esto ocurre realmente en todas las fiestas españolas tanto en el campo como en la ciudad. Aunque las fiestas en España son muy numerosas, podemos afirmar que únicamente la fiesta del Santo Patrón representa esta ruptura con la vida cotidiana propia de la verdadera fiesta que produce el fenómeno del «mundo al revés».

La segunda característica de la fiesta la constituye la *inversión de lo cotidiano*, la ruptura en todos los órdenes de lo que se hace todos los días, la liberación de todos los frenos tanto de espacio como de tiempo o de comportamiento. La ruptura en el espacio, mediante la cual nadie se limita a estar solo en el lugar de trabajo y en el de su hogar, sino que se permanece casi constantemente en el espacio festivo. Además, el tiempo ya no tiene nada que ver con el de las faenas cotidianas, no es el quehacer monótono de todos los días, sino que está marcado principalmente por las manifestaciones de la fiesta; y como los actos de la fiesta son muy numerosos, son ocho días de fiesta intensiva, de alegría, de comunicación, totalmente diferentes del tiempo normal. Se vive la fiesta hasta un límite inverosímil, uno se entrega a todos los excesos, se traspasan los tabús, etc., etc.

Durante los días de la fiesta patronal se lleva la gran vida, se gasta sin medida. Como yo he descrito a propósito de las fiestas del Pilar de Zaragoza (6), se ahorra durante todo el año para poder comer y beber abundantemente en ellas y hacer todos los excesos. Hay jóvenes que despiertan a sus amigos con chorros de champán y al torero que ha estado mediocre se le lanzan bocadillos, flores, etc., como ya he descrito en diversas publicaciones (7). Pero es sobre todo en la Fiesta patronal cuando un despilfarro sistemático forma parte integrante de la fiesta, siendo esto necesario para un resultado satisfactorio de la misma.

También ese exceso en el comportamiento, característica del Carnaval tradicional, lo podemos encontrar en la fiesta patronal en España. Se traspasan o incumplen todos los tabús, ya sean sexuales, políticos, sociales o religiosos. Así yo he podido encontrarme en pueblos aragoneses dos escenas «sacrílegas». Una era un simulacro de entierro; se trataba del de un toro que habían matado esa tarde. Sobre un tractor iba una gran caja representando el ataúd, recubierto con la piel del animal. Iba iluminado rodeado de mujeres con las velas encendidas que simulaban el llanto y el rezo de oraciones, y así su paso durante la noche por las calles del pueblo iba causando la hilaridad y el regocijo de los que lo veían desfilar.

En otro pueblo, unos jóvenes representaron una parodia de Misa imitando y burlándose del cura del lugar. De hecho, estas transgresiones no son verdaderamente sacrílegas; se trata solamente del deseo de llamar la atención con estos actos y de recalcar la afirmación del «mundo al revés». Existe la costumbre de dar gritos por las calles insultando a las autoridades, incluso a veces personalizadas, o de pronunciar frases groseras como por ejemplo:

«Aquí están, estos son
los cojones de Aragón»

o cantar canciones picarescas metiéndose con la región

vecina, etc... y además, puesto que no hay límites para todo lo que se quiere hacer, se puede llegar a pisar hasta destruir las flores de los jardines públicos, se grita hasta enroquecer, se hace un ruido espantoso con un instrumento cualquiera... en fin, se organiza todo un jaleo inimaginable. Ya no existen en ese momento barreras de clase social ni de edad, y uno se deja llevar libremente por esa alegría festiva. E incluso en la actualidad se puede asistir (y esto hace quince años no estaba tan a la vista) a una cierta libertad sexual en los locales de las «peñas» de los jóvenes. En la embriaguez de la fiesta patronal, como en el verdadero Carnaval, todo miedo a hacer el ridículo y toda inhibición desaparecen.

Esta ausencia de frenos, esta apariencia de desorden no es en realidad más que una ausencia de orden, puesto que no hay duda que toda fiesta tiene su orden, aunque sea diferente del de todos los días y deje un lugar mayor a lo espontáneo. Y precisamente el Carnaval, considerado como una fiesta en que todo está permitido, está y siempre ha estado, totalmente reglamentado.

Entre los elementos constitutivos del Carnaval algunos pueden encontrarse en casi todas las fiestas patronales, otros aparecen de forma aislada en una u otra localidad, y finalmente otros no aparecen en absoluto.

En las fiestas casi de una forma general los participantes activos de la fiesta son los jóvenes. En ella, además aparecen en otro orden de cosas, los carros, los gigantes y los cabezudos, los instrumentos de música, el estrépito, etc., y muchas otras clases de distracciones y espectáculos.

El papel que desempeñan los grupos de jóvenes es de una importancia primordial; aunque exista una Comisión de Fiestas tanto en las ciudades como en los pueblos, creo que su existencia no sería suficiente para el desarrollo de una verdadera fiesta (por otra parte se ha visto que los esfuerzos de una municipalidad o un ayuntamiento son inútiles o no son suficientes para hacer revivir una fiesta patronal cuando la población no los sigue, como ocurrió en Tarrasa en 1979). Podemos, pues, afirmar que el verdadero motor de la fiesta son los jóvenes y sobre este hecho han llamado la atención varios eminentes autores que han estudiado el fenómeno de la fiesta, como Varagnac, el cual afirma que «los jóvenes son el grupo más importante, con su código, su jerarquía, su fuerza y su eferescencia de vitalidad» (8).

En la Fiesta patronal española, son las «peñas» o grupos de jóvenes los participantes activos, aunque haya toda una serie de espectáculos organizados por la municipalidad, espectáculos que, si bien son asimismo necesarios para la fiesta, constituyen como dice Marianne Mesnil (9) un «hacer-ver» y no un «hacer-hacer», es decir, la fiesta tiene lugar, pero no de una forma auténticamente viva. Son las peñas las que hacen vivir la fiesta al resto de la población, arrastrando a todo el mundo en su torbellino de alegría. Estas «peñas» están integradas generalmente por jóvenes de diferentes edades (por ejemplo de 12 a 17 años, de 15 a 18-20 años, e incluso por casados de 30 a 40 años), siendo los más activos los más jóvenes.

Son las peñas las que hacen vivir la fiesta al resto de la población, arrastrando a todo el mundo en su torbellino de alegría. Estas «peñas» están integradas generalmente por jóvenes de diferentes edades (por ejemplo de 12 a 17 años, de 15 a 18-20 años, e incluso por casados de 30 a 40 años), siendo los más activos los más jóvenes.

La generalización de estas «peñas» es un fenómeno reciente (su papel estaba antes representado por los «quintos», o sea también por ciertos jóvenes concretos). En los pueblos que he estudiado en Aragón las «peñas» datan a lo sumo de hace 10 ó 15 años, induda-

blemente como una imitación de las de Pamplona. Están menos organizadas en los pueblos que en las ciudades, donde cuando termina una fiesta ya se empieza a preparar la fiesta del año siguiente.

Por lo que respecta a los carros o carrozas, suele haber el vehículo de la reina de las fiestas, acompañada de sus damas de honor, seguido, según la importancia de la localidad, de otros carros o carrozas con mujeres, hombres o niños, vestidos con trajes regionales y lanzando serpentinas y confettis, pudiendo observarse esto incluso en los pueblos donde los tractores y los remolques agrícolas se preparan para este uso.

Las comparsas de gigantes y cabezudos existen en todos los lugares y a ellas se unen en Navarra, desempeñando el mismo papel, los caballos con faldas o enaguas, los llamados «zaldikos». Los cabezudos existen en los pueblos que tienen medios para adquirirlos. Los gigantes son bellos y llenos de dignidad, los cabezudos son feos y grotescos: su papel consiste en asustar a los niños, correr tras ellos cuando éstos les insultan o les cantan canciones picantes, como la que se dirige a un cabezudo de Zaragoza denominado «la forana», es decir, «la extranjera»:

«Que no se diga
que no se note
que la Forana
tiene bigote
un, dos, tres
puta es».

Es una vieja costumbre, todavía muy apreciada por los niños, correr delante de los cabezudos, intentando esquivar los golpes de su «tralla» (látigo que termina en una vejiga de cerdo llena de aire). En algunos pueblos aragoneses, como Sariñena, si no hay cabezudos se ve con frecuencia un hombre disfrazado de diablo que persigue a los niños con su horca.

Encontramos asimismo la música y el ruido. Hay varias orquestas que se traen de las villas cercanas; desfilan por varios barrios de la localidad, a menudo desde las 5 de la mañana, para hacer notar claramente que se está en fiestas. Abundan los instrumentos ruidosos como el bombo o el tamboril, golpeados con fuerza, o simplemente botellas de anís (provisitas de relieve) frotadas con una cuchara, al ritmo binario de textos como:

«A la bim, a la bam
a la bim, bom, bam
la bota, la bota
y nadie más...
¡Bien!».

(en lugar de «la bota», nombre de una de las «peñas», las otras «peñas» gritan lo mismo indicando su propio nombre, por ejemplo «la escoba, la escoba»). La juventud se apodera de todo lo que puede hacer ruido, mucho ruido, pues ya es sabido que el ruido es necesario para el buen éxito de la fiesta. En Pamplona existe una «peña», denominada «El estruendo de Iruña», que tiene por finalidad, como su nombre indica, hacer el mayor ruido posible. Dicha peña sale una noche durante las fiestas, y todos los que quieren pueden unirse a ella con tal de que hagan también ruido. Tiene tal éxito que solamente en la famosa calle Estafeta, una estrecha calle en la parte antigua de la ciudad, más de 7.000 personas se ocupa de hacer el mayor ruido posible.

Son los jóvenes los que con sus cantos, sus risas y su estrépito crean el ambiente de la fiesta, mientras que los que no forman parte de las «peñas» les miran y se dejan arrastrar por ellos diciendo con una sonrisa «Ah! la juventud, la juventud!», a la vez que sienten orgullo por tener una juventud tan alegre, tan impetuosa, tan

imaginativa y tan terrible, a veces en el límite de lo soportable.

En las fiestas patronales los festejos son quizás más numerosos que en el Carnaval:

- bailes populares al aire libre en la plaza o en el interior de un «salón», bailes sociales de carácter privado, bailes de disfraces.
- espectáculos folklóricos con cantos y bailes tradicionales.
- ferias con barracas de tiro, tómbolas, tióvivos, coches de choque, etc.
- concursos de todo tipo (deportivos, de pintura, juegos de habilidad, etc.).
- vendedores ambulantes que pregonan su mercancía.
- fuegos artificiales y petardos que estallan por doquier, etc...

La ciudad o el pueblo no pueden olvidar ni por un instante que están en fiestas.

Otros elementos del Carnaval se encuentran en algunas fiestas patronales, pero no en todas; así sucede con los objetos arrojados (aparte de las serpentinas o los confettis, que se les encuentra por todas partes), y las hogueras en que se queman muñecos o peleles.

- los objetos arrojados (algo análogo al lanzamiento de agua con jeringas en la villa francesa de Solesmes o a las heces de vino en Cournonterral, en la región de Hérault, también en Francia) se encuentran en ciertas fiestas patronales, pero, que yo sepa, dirigidos contra una sola persona que, como el Carnaval, hace de chivo expiatorio. Así sucede en la localidad aragonesa de Tarazona, donde el «Cipotegato», especie de Arlequín o botarga armado con un látigo que termina en una pelota, recibe desde que empiezan las fiestas miles de kilos de tomates (en 1979, cerca de 4.000 personas provistas de ese personaje delante del Ayuntamiento). Sin embargo, si el «Cipotegato» recibe la lluvia de tomates mientras baja los tres escalones del Ayuntamiento para mezclarse con la muchedumbre, es ésta la que recibe los proyectiles, al estar después el «Cipotegato» al mismo nivel que sus verdugos. En Piornal (Cáceres) (10), en la fiesta de San Sebastián, un hombre al que se llama «El Jarramplas» es insultado y recibe nabos lanzados por la gente.

- Los fuegos u hogueras, que se dan en todo Carnaval y en el que durante su transcurso es quemado el Carnaval después de haber sido juzgado, existen en toda la región de Valencia. El 19 de marzo, día de San José, se encienden las hogueras para quemar las «fallas», gigantescos monumentos de carácter irónico-satírico que representan escenas inspiradas en los sucesos más sobresalientes acaecidos desde la fiesta del año anterior; y como cada barrio tiene su «falla», en Valencia hay cerca de 500 que van a perecer en medio de las llamas. A partir de ese momento, Valencia ofrece un aspecto dantesco; el ambiente de esa noche es único: el fuego estalla por toda la ciudad, con gran desprendimiento de humo y calor; las llamas alcanzan una gran altura y los «ninots» y las «fallas» se desploman. Mientras tanto, toda la ciudad se divierte a más no poder: cantos, música, bailes, todo ello rodeado de llamas, petardos y fuegos artificiales, como si el infierno y el paraíso se hubieran aliado en cierto sentido esta noche fantástica. Es difícil al asistir a esta fiesta no pensar en el Carnaval.

Un estudio exhaustivo de las fiestas patronales en España haría aparecer, sin duda, otros elementos carnavalescos.

Sin embargo, la fiesta patronal en España difiere del

Carnaval en algunos elementos, sobre todo en los disfraces de máscaras. En la fiesta patronal no hay «disfráz» en el verdadero sentido del vocablo, o sea, «vertirse de manera que uno no pueda ser reconocido», pero sí en la acepción que da el diccionario de «vestirse de manera no habitual, grotesca y divertida», ya que en la fiesta patronal no se pretende ocultar su identidad. Cuando las «peñas» lucen sus prendas distintivas (camisas o blusas de colores diferentes para cada una, pañuelos, etc.); cuando la juventud se viste con la indumentaria de «danzante» (para bailar el día de la fiesta ante la imagen del santo patrón del pueblo) o con los trajes de «turcos» (para simular el combate de moros y cristianos); o incluso cuando la reina de las fiestas o los niños se visten con el traje regional tradicional, en ninguno de esos casos se pretende disimular la propia identidad, ni hacer el ridículo, se trata, por el contrario, de un acto semiótico que tiene una significación más o menos seria, aun cuando se encuentre cierto agrado en no vestirse como todos los días.

Solamente en los concursos de bailes de disfraces se da rienda suelta a la imaginación con toda clase de fantasías, a veces incluso grotescas. Pero aun en esas ocasiones, los que se disfrazan no van enmascarados (salvo raras ocasiones), y no se divierten en la calle vestidos de esa manera. Esta es, a mi entender, la diferencia esencial entre el Carnaval y la fiesta patronal. Tampoco tengo noticia de casos de «travestí» (inversión de sexo) en la fiesta patronal mientras que sí los hubo en otros tiempos en los carnavales españoles (11). ¿Los hay quizás en los bailes de disfraces?

II. De todo lo dicho anteriormente acerca de las características y los elementos de la fiesta resulta que esta manifestación asume las funciones atribuidas al Carnaval cuando éste era «la fiesta por excelencia». Hablando de funciones, voy a tratar a continuación la tercera parte del título de este congreso: la comunicación. La fiesta es, efectivamente, un texto social con contenido semántico implícito o explícito, consciente o inconscientemente descifrable.

El *contenido implícito* se da en la comunicación que se establece ante todo a nivel de lo *social*. La sociedad, a través de la agrupación compacta de sus miembros y las formas de sociabilidad resultantes, por medio del espectáculo que ella se ofrece a sí misma (siendo un actor más o menos activo de la fiesta), toma conciencia de sí misma y refuerza su cohesión. Incluso cuando una efervescencia generalizada permite suponer que todas las barreras sociales y jerárquicas han quedado negadas y abolidas, la fiesta realmente reafirma el orden social preexistente, pues es bien sabido que toda negación supone una asección afirmativa; como dice G. Balandier (12), la inversión del orden «hace orden con el desorden». Por otra parte, la comunicación establecida entre los miembros del grupo que asisten a las diversas manifestaciones festivas (desfiles de carrozas, espectáculos folklóricos, comidas en común, etc.) reafirman el apego del grupo a sus valores culturales tradicionales. El hecho mismo de no cansarse de participar en estas manifestaciones repetitivas, con mucha frecuencia parecidas o idénticas de un año al otro, el hecho de volver a hacer lo mismo que el año anterior, constituye un modo de expresar, ante los ojos de todos, ese apego o adhesión a la comunidad. Ese algo implícito es quizás lo más importante de estas fiestas patronales.

A nivel *psicológico*, la comunicación es implícita y explícita a la vez; la alegría y la euforia provocadas por la fiesta tienen un poder liberador sobre el que no parece necesario insistir. Sin embargo, desde esta perspectiva psicológica, hay que destacar un punto común en la fiesta patronal y en el Carnaval: el deseo de meter miedo o de tenerlo, de provocar y sentir emociones fuertes. A propósito de las emociones que provoca un accidente

o una catástrofe, L.V. Thomas ha mostrado hasta que punto ello «ejerce sobre el público una fascinación o hechizamiento...ya que es un ataque contra el orden, del mismo modo que la sedición o la fiesta» (13). En el Carnaval, esas máscaras grotescas que nos interpelan, que nos persiguen y llegan a atraparnos (como en el Carnaval de los payasos de Cournonterral, en el que la persona atrapada, una muchacha, es untada con heces de vino), provocan emociones; se las encuentra en la fiesta patronal entre niños pequeños que tienen miedo de que les peguen los cabezudos, o entre los jóvenes con las vaquillas, y en los jóvenes de 16...a 40 años durante los encierros (en aquellos lugares donde existen tales manifestaciones). También las corridas, que encontramos con frecuencia en el programa de las fiestas patronales, provocan por su parte emociones. Las «vaquillas» y los espectáculos taurinos son, en efecto, muy importantes en la Fiesta patronal española. Son raras las fiestas que no tienen «vaquillas», vacas jóvenes que son soltadas el ruedo (que puede ser la plaza de toros verdadera en los lugares donde existe, o un ruedo improvisado con carros en forma de círculo, en los pueblos). En este ambiente, la gente joven va a probar emociones fuertes imaginándose que torea de verdad. En realidad, el peligro no es excesivo y se limita en general a algunas contusiones. Mucho mayor, por el contrario, es el peligro en los «encierros», manifestaciones que existen sobre todo en Navarra y que parecen difundirse en España a otras fiestas patronales. En los encierros, los jóvenes que participan en ellos afrontan un peligro real, pues cada mañana de la semana de fiestas corren delante de toros de verdad que serán lidiados por la tarde, siguiendo un itinerario trazado en la localidad correspondiente entre el toril, situado en las afueras, y la plaza de toros. Hace falta, en efecto, mucho valor para superar el temor de verse empitonado por el toro, pues, son numerosos los casos de heridos graves e incluso de muertos (algunos años han sido particularmente sangrientos, como por ejemplo Pamplona en 1975). Esta manifestación es tan peligrosa que se la considera como un rito de transición: correr delante de los toros es la manera de demostrar que ya no se es un niño, sino un hombre. Es una manifestación impresionante tanto para los que corren como para los que miran —siendo realmente un espectáculo «muy emocionante». Lo mismo ocurre con la corrida, en la que la exaltación provocada por una buena «faena», un buen pase del torero, o el temor de verle recibir una cornada, son fuentes de emoción.

La comunicación explícita

La comunicación explícita reside esencialmente en la sátira social. En las fiestas patronales —y ahí encontramos de nuevo una analogía con el Carnaval— se manifiesta plástica, pictórica o verbalmente.

— *plástica*, como ocurre en Valencia, donde con frecuencia los gigantescos monumentos que son las «fallas» representan tanto sucesos políticos o sociales como personajes impopulares que son ridiculizados y quemados. La palabra «falla» quiere decir también «falla», «fallo», además de hoguera.

— *pictórica*, como las pancartas de las «peñas», en las que se pintan motivos humorísticos con textos que hacen alusión a hechos o decisiones municipales que no han gustado a la población. Así a propósito de una querrela entre los concejales municipales acerca de la manera correcta de vestirse para una procesión, una pancarta muestra a estos concejales, unos vestidos solemnemente y otros no, peleándose ante un aldeano pamplonico que dice:

«Unos de frac y chistera,
otros sin querer llevar.
Así es el Ayuntamiento
que tenemos que aguantar».

No se critica solamente lo que no funciona a nivel local, sino que se extiende dicha crítica a todo el país. En 1976, por ejemplo, después de la muerte de Franco, se denunció el escándalo de las evasiones de capital a Suiza, o el hecho de que el pueblo español seguía estando amordazado. Todos los dibujos de estas pancartas son muy divertidos y exhiben numerosos juegos de palabras, pero sólo pueden apreciarlos completamente aquellos que están al tanto de la vida local o nacional.

– *verbal*: si bien las «fallas», los «ninots», los carteles o las pancartas hacen una crítica explícita de las sociedades, ejercen lo que yo he llamado la sátira «silenciosa» aunque a veces dicha sátira se hace con un fondo sonoro de jaleo, estruendo o música cacofónica. Verbalmente, la sátira se manifiesta esencialmente en los slogans y las canciones, y también en las críticas públicas como los «dichos» de los pueblos aragoneses.

Por lo que respecta a las canciones, se utiliza una melodía conocida, por lo general una música tradicional, a la que se pone otro texto. En Aragón, por ejemplo, para manifestar el descontento frente a los vecinos catalanes que quieren desviar en provecho suyo las aguas del Ebro, se hacen canciones donde el humor y a veces lo obscuro se juntan para criticar; he aquí un ejemplo:

«La Virgen del Pilar dice
a todos los catalanes
que si quieren agua del Ebro
que se la lleven con pozales».

La recuperación de las formas existentes de literatura oral es un medio que sirve al mismo tiempo para reivindicar, reafirmarse y distraerse.

En algunas fiestas patronales de pueblo, la sátira social se realiza por medio de los «dichos», pronunciados por una especie de representante del pueblo; el «Mayordomo». En la plaza pública, el mismo día del Santo Patrón, el «Mayordomo», hace balance de todo lo que ha ocurrido en el pueblo, exagerándolo mucho con la intención de hacer reír a la gente. Los temas hacen alusión a medidas tomadas por la municipalidad, a las mujeres que quieren estar a la última moda o no hacer lo que tienen que hacer, a la libertad de costumbres actual por parte de la juventud, etc. En Sariñena, por ejemplo, en 1982 se criticaron a las mujeres que seguían cursos de natación o de gimnasia dos veces al día:

«unas por estar en forma,
otras por quemar la grasa...»

de tal manera que volvían tan cansadas y derrengadas que todo el trabajo de la casa se les quedaba por hacer. Toda innovación que se sale de lo habitual es tomada a broma. Todas estas críticas hechas públicamente son verdaderas y falsas a la vez: verdaderas, puesto que relatan un hecho real que no ha gustado, y falsas porque se trata de hacer reír, de modo que se exagera, se deforma, se inventa. Por esta razón, el que formula estas críticas dice, excusándose, que no hay que ofenderse por ello:

«se trata de una broma
aunque es la pura verdad».

El hecho de reír juntos, de reírse de los propios defectos, de los defectos compartidos por toda la colectividad, reconforta y minimiza en gran parte la agresividad. Como escribe G. Balandier (14), la manera menos ofensiva de ejercer la sátira colectiva, de jugar al juego de la verdad, consiste en convertirlo en broma. Las «fallas» que se queman o cualquier tipo de sátira social producen un verdadero efecto de catársis. Como sucede en el Carnaval, esta sátira, ya sea implícita o explícita, es comparable al juego purificador que convierte en cenizas

el Carnaval. Se hace borrón y cuenta nueva, se vuelve a partir de cero después de haber liberado el exceso de energía, y de haberse neutralizado y aniquilado toda agresividad. Se puede relacionar con este acto purificador una manifestación que tiene lugar en numerosas fiestas patronales: los combates de «moros y cristianos», donde los moros simbolizan el mal y los cristianos el bien. Al final, son los cristianos los que ganan, liberando a la sociedad de todas las fuerzas del mal.

Las fiestas patronales en España deben tomarse, efectivamente, como un acto de comunicación, en conformidad con los siete puntos que el etnolingüista americano atribuye a todo acto de comunicación: *¿quién dice algo?* y *¿a quién lo dice?* *¿dónde?* *¿cuándo?* *¿cómo?* y *¿en qué circunstancias?* y yo añadiría personalmente un octavo punto: *¿por qué?* De hecho, toda la sociedad se constituye en locutor y receptor: locutor por medio de los jóvenes y de todos los que gritan haciéndose portavoces de la sociedad, o por medio de los artistas, etc. Receptor a través del resto de la sociedad que participa escuchando y observando con la finalidad de denunciar con su mensaje lo que no está bien, manifestando al mismo tiempo su apego a la tradición, a su «patria chica», y al grupo mismo al que pertenece. Y la sociedad hace todo eso de manera humorística, con alegría, en el mismo seno de la comunidad, en el espacio festivo, en el tiempo correspondiente a la fiesta celebrada en honor del Santo Patrón de la localidad, movida por la necesidad de distraerse, de liberarse y de señalar el paso de un año al otro.

No parece que en España el Carnaval sea la fiesta por excelencia (salvo quizás, algunas excepciones como en Tenerife, donde el Carnaval se podría asimilar al de Río). En aquellos lugares donde se mantiene (como en Navarra) o ha vuelto a aparecer, se da como una manifestación localizada, y en cualquier caso menos importante a los ojos de la población que la fiesta patronal. Incluso antes de Franco el Carnaval no parecía constituir la fiesta por autonomasia si nos atenemos a las informaciones de los periódicos de la época. En 1924, por ejemplo, en Zaragoza (15) el Carnaval consistía en «batallas de flores, cabalgatas, premios a los disfraces...». El Carnaval parecía consistir en bailes de disfraces celebrados en diferentes teatros o sociedades privadas... Había animación en las calles, intentándose reconocer a los que salían disfrazados, mientras se bebía, se comía y se gastaban muchas bromas, con frecuencia en el transcurso de excursiones por el campo que tenían lugar el domingo que precedía a la cuaresma... y ahí terminaba todo. No había nada de esa efervescencia general, de esa alegría contagiosa que llena el espacio festivo del pueblo o la ciudad con ocasión de las fiestas patronales. Como cosa curiosa, encontramos un libro de 1808 sobre la fiestas patronales de Zaragoza (16) en que se habla de elementos carnalescos, aparte de cuatro gigantes y cuatro cabezudos. Los diversos gremios desfilaron disfrazados, con gran regocijo del público: los sastres representaban un escuadrón de caballeros romanos, los zapateros un cuerpo de caballería turco, «a continuación venían mujeres y hombres disfrazados de animales; los turcos daban miedo con su espada desenvainada, su bigote postizo, etc... los panaderos iban en un carro en forma de barca y arrojaban nubes de harina y de salvado... los herreros golpeaban sobre el yunque produciendo chispas que impresionaban a los espectadores. La «Mojiganga», con sus animales gigantes de cartón piedra, daba miedo a pequeños y grandes al tiempo que se entonaban cantos de alabanza a nuestra patrona (17)».

A pesar de las afirmaciones de algunos autores que piensan que las fiestas están en trance de desaparición, yo creo que ello no es totalmente cierto en el caso de España. La fiesta no muere en este país, por varias razones, y entre ellas por una importante: muchos jóvenes y

adultos que han salido a trabajar o estudiar a otra parte, vuelven a su ciudad o pueblo de origen, para la fiesta del Santo Patrón de la localidad. Y en la medida en que la fiesta patronal reúne a todos los «hijos del pueblo»,

todas las festividades se concentran en esta «Fiesta mayor» que, como su nombre indica, es la fiesta principal. No puede sorprender, por tanto, que hayamos encontrado en ella una gran semejanza con el Carnaval.

Dos pancartas de las peñas de Pamplona



NOTAS

1. cf. VIDEGAÍN AGÓS 1979 p. 20
2. cf. J. DUVIGNAUD 1973 p. 41
3. cf. J.C. BAROJA 1979 p. 91
4. cf. DURKHEIM 1960 p. 547
5. Les «peñas» son una especie de clubs de personas afines, a los que me referiré después
6. cf. J. FRIBOURG «Fêtes à Saragosse»
7. cf. bibliographie
8. cf. VARAGNAC 1978 p. 65
9. cf. MESNIL 1974 p. 20
10. cf. FERNÁNZ CHAMÓN «Narria» N° 23-24
11. cf. J-C. BAROJA 1979 p. 98
12. cf. G. BALANDIER 1980 p. 95
13. cf. L-V. THOMAS 1979 p. 32
14. cf. G. BALANDIER 1980 p. 57
15. cf. «Heraldo de Aragón» du 5 mars 1924
16. cf. «Memoria de las fiestas de Zaragoza» de noviembre 1807
17. cf. «Memoria de las fiestas de Zaragoza» de noviembre 1807 pp. 24-33

Bibliografía

- BALANDIER, G. «Le pouvoir sur scènes». Balland Paris, 1980. 188 p.
- BAROJA, J-C. «El Carnaval». Taurus Ediciones. Madrid, 1979. 398 p.
- BASTIDE, R. «Eléments de sociologie religieuse». Armand Colin. Paris, 1947. 203 p.
- BOUTHOU, G. «La Guerre». Coll. Que Sais-je?. P.U.F. Paris, 1969. 125 p.
- CAILLOIS, R. «L'Homme et la sacré». Coll. Idées Gallimard. Paris, 1950. 243 p.
- CAILLOIS, R. «Les jeux et les hommes». Gallimard. Paris, 1958. 306 p.
- COX, H. «La fête des foud». Seuil. Paris, 1971. 232 p.
- DAQUIN et DEBERGH. «Dunkerque». Ed. Actica. Lille, 1973. 136 p.
- DUMONT, L. «La Tarasque. Essai de description d'un fait local d'un point de vue ethnographique». Gallimard. Paris, 1951. 252 p.
- DURKHEIM, E. «Les formes élémentaires de la vie religieuse». P.U.F. Paris, 1960. 648 p.
- DUVIGNAUD, J. «Fêtes et civilisations». Weber, 1973.
- ELIADE, M. «Aspects du mythe». Cool. Idées Gallimard. Paris, 1963. 253 p.
- Ouvrage collectif. «Fêtes en France» (ouvrage collectif). Ed. du Chêne. Paris, 1977. 198 p.
- FRAZER, J.G. «Le cycle du rameau d'or». 3ème édition. Paris, Paul Geuthner, 1925-1935. 12 vol. Vol. IX «Le bouc émissaire» étude comparée des religions, 1925. VIII. 485 p.
- FRIBOURG, J. «La fête» in «Encyclopédie Grolier», 1970.
- FRIBOURG, J. «Las peñas sanfermineras de Pampelune» in «L'autre et l'ailleurs» ouvrage collectif à la mémoire du Pr. Roger Bastide. Berger-Levrault. Paris, 1976. 512 p. pp. 284-300.
- FRIBOURG, J. «Fêtes à Saragosse». Institut d'Ethnologie. Paris, 1980. 282 p.

- FRIBOURG, J. «Fêtes en Espagne» in «Fêtes du monde: Europe». Ed. du Moniteur. Paris, 1980. 220 p. pp. 153-174.
- GAIGNEBET, C. «Le Carnaval». Payot. Paris, 1974. 172 p.
- HUZINGA, J. «Homo ludens». Essai sur la fonction sociale du jeu. Gallimard. Paris, 1951. 340 p.
- LAURET, J-C. «Les fêtes à travers la France». Balland. Paris, 1872. 668 p.
- LISON TOLOSANA, C. «Antropología social y hermenéutica». Fondo de Cultura Económica. Madrid, 1983. 168 p.
- MAFFESOLI, M. «La conquête sur la fête». P.U.F. Paris, 1979. 200 p.
- MESNIL, M. «Trois essais sur la fête». Ed. Université du Bruxeles, 1974. 62 p.
- ROMA RIU, J. «Aragón y el Carnaval». Guara editorial. Zaragoza, 1980. 124 p.
- SIDRO, A. «Le carnaval de Nice et ses fous». Ed. Serre. Nice, 1979.
- THOMAS, L-V. «Civilisation et divagations» Pbp. Paris, 1979. 286 p.
- VAN GUENNEP, A. «Manuel du folklore français contemporain». A. et J. Picard, 1937-1953. 4 tomes.
- VARAGNAC, A. «Civilisation traditionnelle et genre de vie». Albin Michel. Paris, 1948. 404 p.
- VARAGNAC, A. «Les traditions populaires». Coll. Que sais-je? P.U.F. Paris, 1978. 128 p.
- VELASCO, H-M. «Tiempo de fiesta». Col. Alatar Ed. TRECATORCE DIECISIETE. Madrid, 1982. 258 p.
- VILLADARY, A. «fête et vie quotidienne». Les éditions ouvrières. Paris, 1968. 246 p.
- WUNENBURGER, J-J. «La fête, le jeu et le sacré». Ed. J-P Delarge. Paris, 1977. 316 p.
- Sans auteur. «Memoria de las fiestas de Zaragoza de noviembre 1807». Ed. Herederos de la viuda de Francisco Moreno. Zaragoza, 1808. 80 p.
- ARPIDE, J-L-G. «El Carnaval de Centenera» in «Narria» N° 1, 1976. Univ. autónoma de Madrid. pp. 22-24.
- CERF, E. «Le "Carnaval des voyous" à Strasbourg» in «Ethnologie française», tome 12 N° 2, 1982. pp. 177-184.
- FERNÁNZ CHAMÓN, A. «El "Jarramplas" de Piornal y el "Taraballo" de Navaconcejo» in «Narria» N° 23-24, 1981. Un. aut. Madrid.
- FRIBOURG, J. «Aspects de la littérature populaire en Aragon» in «Critique». Tome XXXVI, N° 394, mars, 1980. pp. 312-324.
- GIL GOMEZ, L. «El carnaval tuledano» in «Navarra» N° 231, 1975. pp. 25-30. Diputación foral de Navarra. Pamplona.
- GONZALEZ-HONTARIA «El carnaval de Bielsa» in «Narria» N° 7, 1977. pp. 19-22. Univ. autónoma de Madrid.
- ISAMBERT, F.A. «La fête et les fêtes. Réflexions critiques sur la notion de fête» in «Journal de psychologie normale et pathologique» 3, 1966. pp. 291-307.
- JIMENO JURIO, J. «Carnavales» in «Folklore de Alsasua» «Navarra» N° 213. Diputación foral de Navarra. Pamplona, 1974. pp. 12-13.
- LAUTMAN, F. «Les ostensions limousines» «Ethnologie française» tome 13, N° 14, 1983.
- RIOFRIO, J-A. «Recuerdos de carnaval» in «Narria» N° 10, 1978. pp. 18-19. Universidad autónoma de Madrid.
- VIDEGAIN AGOS, F. «Carnaval en Ablitas» in «Navarra» N° 357, 1979. pp. 20-21. Diputación foral de Navarra. Pamplona.
- «La fête, cette hantise...» «Autrement» N° 7, 1976.

